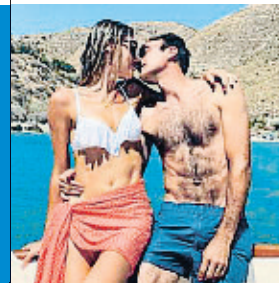


VIVIR



El torero Enrique Ponce ha sido uno de los protagonistas del verano

PÁGINAS 8 Y 9

Domingo, 6 de septiembre de 2020

RESET

al centro de Barcelona



MANÉ ESPINOSA

La zona cero. Los turistas han desaparecido de la Rambla, por eso algunas voces reclaman aprovechar el momento para impulsar su reforma

SILVIA ANGULO
ÓSCAR MUÑOZ
Barcelona

La crisis económica y social desatada por la Covid-19 tiene una zona cero en Barcelona: el centro. El ensañamiento es sangrante en Ciutat Vella y gran parte del Eixample, acostumbrados a recibir a miles de visitantes de otras zonas de la ciudad y de su entorno metropolitano así como turistas de todo el mundo que ahora se han esfumado. Los primeros llegan con cuentagotas. El impacto del virus en el mercado laboral, con más paro y teletrabajo, lo explica, pero también el temor a contagios que frenan la movilidad. Y a los segundos ni están ni se les espera hasta que haya una vacuna que proteja de manera general. Así las



La pandemia pone a las claras la urgencia de diversificar la actividad del corazón de la ciudad

cosas, el corazón de la capital catalana lleva medio año desconocido, semidesértico. Se encuentra en la UCI y necesita tratamiento urgente para salir del estado crítico en el que ha caído. Pero también precisa cambios que lo prevengan contra futuros desastres como este u otros de similares efectos.

El reset que urge en el corazón de Barcelona pasa por diversificar su actividad y fomentar la vivienda asequible. Esta es la prescripción compartida por los expertos consultados por *La Vanguardia*. La excesiva dependencia de la afluencia externa lo debilita. Y, por ello, es preciso poner en marcha acciones desde la administración pública y la iniciativa privada que le den una nueva vida.

Que hay que “re-economizar” el

centro no es algo que se diga ahora, en plena epidemia. Barcelona Global, plataforma en la que participan un millar de socios, entre empresas, centros y escuelas de negocios, universidades, instituciones culturales, emprendedores y profesionales, presentó el pasado enero una propuesta para, a partir de la recuperación de una veintena de edificios en desuso, generar nueva actividad. “En el contexto previo a la Covid era una propuesta para frenar la gentrificación y el monocultivo económico –sostiene Mateu Hernández, director general de la entidad–; ahora es aún más necesario actuar”.

La propuesta de Barcelona Global apuesta por dedicar los inmuebles escogidos –entre ellos el de Correos, los antiguos juzgados o el Pa-

lau del Cinema, el Banco de España o las Tres Xemeneies– a oficinas, sedes de empresas, espacios de co-working... de modo que aumente la población flotante en el centro histórico. “Los bares y restaurantes dejarían de ser para turistas y ofrecerían menús de mediodía y habría más tiendas que venden camisetas y no sólo camisetas del Barça”, pone Hernández como ejemplos. Además, recuerda que en los últimos 18 años el centro ha perdido 720.000 m² de oficinas; así que recuperar al menos una parte es una urgencia. Para ello, también defiende que el Ayuntamiento agilice la tramitación administrativa para las transformaciones urbanísticas que sean necesarias e impulse colaboracio-

CONTINÚA EN LA PÁGINA SIGUIENTE >>

INICIATIVAS PARA RECUPERAR EL CENTRO DE BARCELONA



MANÉ ESPINOSA



MANÉ ESPINOSA



Renacer con nuevos vecinos

» VIENE DE LA PÁGINA ANTERIOR

nes con el sector privado.

La tendencia en las ciudades globales, tras un periodo en el que se priorizó la descentralización hacia las periferias por razones de precio, es apostar por los distritos centrales en los que hay modelos flexibles con diversidad de usos. La experiencia de Barcelona Tech City, asociación privada que busca posicionar la capital catalana como *hub* tecnológico global, es un modelo con sus Pier 01 (en el Palau de Mar), 03 (en los Porxos d'en Xifré) y 05 (en la Borsa de Barcelona). “La innovación se puede articular en espacios céntricos”, explica Miquel Martí, CEO de la entidad, que trabaja en incorporar la sede de Correos a su estrategia. “Otras ciudades han elegido la periferia –prosigue–; somos una ciudad mediterránea y debemos hacer lo contrario, es nuestro atractivo, la gente quiere venir”.

“El monocultivo tiene estos efectos, lo estamos viendo en el centro como si se tratase de un experimento social; pero, por desgracia, es real”, señala Carme Miralles-Guasch, catedrática de Geografía de la UAB. “Si falla la actividad principal, casi todo se cae”. Por ello, defiende que

se promueva una mixtura de usos y esponjar el turismo a otras zonas de la metrópoli. “Hace tiempo que lo decimos –recuerda– y ahora se ve con más claridad”. El corazón de Barcelona, añade, “debe ser más barrio, tener más residentes y servicios dirigidos a los vecinos”. No como hasta ahora, lamenta, “que tiene servicios más pensados para el visi-

tante y, además, en muchas ocasiones, de calidad cuestionable a precios elevadísimos”. Por ello, concluye, ahora “la gente no va a ellos”.

El economista Enric Llarch advierte de que “es muy difícil cambiar procesos de las ciudades y sustituir sus actividades”. La Covid-19, apunta, ha abierto un “momento de *impasse*” y “en uno o dos años la si-

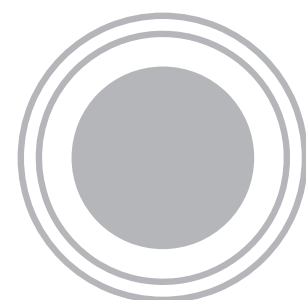
tuación comenzará a normalizarse, aunque quizás hasta dentro de tres o cuatro no volvamos a tener los turistas de antes”. Y, claro, “la tendencia es que se reproduzca la situación previa” a esta crisis. Además, recuerda, “históricamente, en Barcelona, los propietarios del suelo y de los edificios tienen una tendencia a buscar el dinero fácil y abandonar la actividad productiva apostando por el rentismo y la especulación; ya pasaba cuando había murallas”. Esto, en los últimos años “ha significado una apuesta por el turismo”. A su juicio, aunque es complejo, “hay que poner en marcha actuaciones para fijar la población en Ciutat Vella y el Eixample” porque generan vida más allá de la de los visitantes. Y esto pasa también por “tener una actitud más decidida por la vivienda” y, además, “que sea pública y exista un control para que no pueda cambiar de uso”. Aquí plantea que el Ayuntamiento, por su cuenta o en colaboración con la iniciativa privada, transforme fincas y se quede con las parcelas disponibles.

Este momento es perfecto para reformar la Rambla, el gran paseo del centro histórico, según el arquitecto Vicente Guallart. “Ahora no hay actividad y su mejora, además

Planes de salvación

Son muchas las organizaciones que reclaman actuaciones para que el centro no muera. Desde los gremios sectoriales, con especial peso de los de hoteles y de restauración, hasta el mundo comercial, que están sufriendo los efectos devastadores de la crisis de la Covid-19. Barcelona Oberta, entidad que agrupa los principales ejes de comercios del corazón urbano, propone un plan estratégico para el que busca la complicidad de otros actores y que el Ayuntamiento se involucre. A corto plazo, pretende ayudar a salvar todo

lo que se pueda impulsando la idea de que el centro vuelva a ser no sólo un espacio turístico, sino también un lugar de encuentro de todos los barceloneses. Para ello, plantea campañas de promoción y que se programen actividades culturales en las calles y plazas o se pongan en marcha rutas, mejorar la limpieza o la accesibilidad. Pero hay más. De cara al futuro, quiere abrir una reflexión para repensar cómo debería ser esta zona central, tal y como se hizo en los años 80, para asegurarle una larga vida.



LA INVERSIÓN

Más vivienda social y mejorar el espacio público para atraer a nuevos vecinos

OTROS USOS

Reconversión de edificios cerrados para nuevas actividades económicas



MANÉ ESPINOSA



MANÉ ESPINOSA

Desertización. La pandemia ha puesto de manifiesto un modelo en crisis que necesita recuperar edificios cerrados para implantar actividad económica, construir o rehabilitar viviendas para atraer a nuevos vecinos y potenciar el comercio para que levante las persianas que ahora están cerradas a causa de la recesión



MANÉ ESPINOSA

de la visión urbanística, tiene que incorporar mecanismos para recuperar vecinos y comercios y restaurantes locales". Sugiere crear un programa económico y social y empezar a ejecutar las obras cuanto antes.

Guallart apunta que el centro necesita vecinos y recuerda como en los años 80 se hicieron campañas para que profesionales de otros puntos de la ciudad se trasladasen a vivir a estos barrios. Él mismo lo hizo y aún continúa viviendo en Ciutat Vella y, aunque opina que el urbanismo de esta zona ya está bastante hecho, se debe actuar con urgencia en la Vía Laietana y en la Ciutadella. Para ello, insta al Ayuntamiento a proteger algunos edificios y actuar en otros. Pone como ejemplo que los que ahora funcionan como aparcamientos se reconviertan en pisos para jóvenes en régimen de cooperativas. "De esta manera aflorará de nuevo el comercio de proximidad tan necesario en estos barrios", sentencia. Guallart entiende que si Barcelona no actúa se lanzará el mensaje de que no puede reformarse y ahora es el momento de reinventarse y dar a los ciudadanos lo que reclaman. De no ser así, en su opinión, sí que se puede producir un éxodo al mundo rural, por lo que aboga por captar a familias para esta zona.

El urbanista y arquitecto Daniel Mòdol también incide en el problema de la vivienda y la ausencia de vecinos. Con todo señala que la pandemia no es la causante de la crisis

del centro histórico, sino que ha puesto de manifiesto un modelo que ya cojeaba. "El proceso de desertización de vecinos, con viviendas obsoletas, espacios que quedan al margen de la ciudad y provocan conflictos e inseguridad y una actividad comercial centrada en el tu-

rismo son los problemas que arrastra el centro", asegura. Mòdol insiste que es necesaria una transformación urbanística radical sin que los barrios sufran ningún proceso de expulsión e intentar ser competitivos, una cualidad que en su opinión la ciudad ha perdido.

Un nuevo despertar

Ramon Suñé



No es esta la primera vez que el centro de Barcelona ingresa en la UCI con un pronóstico de extrema gravedad. La ciudad que se despertaba de la pesadilla del franquismo lo hacía adolorida por unas profundas desigualdades económicas y unas terribles heridas sociales y urbanísticas que supuraban por todos sus costados. El núcleo histórico de la capital catalana había comprado todos los números de la lotería para convertirse definitivamente en un gueto, en una área

degradada y sin futuro. Sin embargo, la joven administración democrática, partiendo de unos recursos menos que escasos y sin dejar de atender las necesidades de una periferia que pedía a gritos su dignificación, obró milagros y se conjuró con la sociedad civil –asociaciones vecinales, empresarios, ricos y pobres...– para insuflarle una nueva vida. Mal que les pese a los nostálgicos de la sordidez y la miseria, a aquellos capaces de recordar encanto en las pestilentes callejuelas de esa vieja Ciutat Vella –quizás porque solo las pisaban de visita–, lo cierto es que el centro de Barcelona encontró el oxígeno que necesitaba para seguir respirando. Miles de vecinos vieron cómo sus condiciones de vida, dentro y fuera de sus casas, cambiaban a mejor: nuevos espacios públicos, equipamientos y servicios de calidad y viviendas merecedoras por fin de ese nombre. Hoy, seguramente, a quienes urdie-

ron aquella transformación con derribos y *esponjamientos* incluidos les llamarían gentrificadores, serían acusados de expulsar población. La realidad, sin embargo, es que muchos de aquellos barceloneses de hace tres o cuatro décadas pudieron quedarse en sus barrios multiplicando su habitabilidad.

Ahora, de nuevo, Barcelona ha de plantearse qué hacer de su centro urbano. Y a uno, que de nostálgico tiene poco pero que no cree equivocarse cuando echa de menos la inteligencia racional y emocional de los gestores públicos y privados de aquella época, le inquieta que la inmensa mayoría de reflexiones sobre el futuro de este espacio enfermo comiencen y acaben con el mismo mantra: hay que aprovechar la crisis para cambiar el modelo turístico de la ciudad (ahora que el turismo no está ni se le espera). De acuerdo, pero ¿no sería posible subir un poco la altura de miras?

Por su parte, la arquitecta Maria Sisternas plantea que la capital catalana copie modelos que ya se desarrollan en otras ciudades como Nueva York o Hong Kong para reducir los actuales precios de alquiler de los locales comerciales. Explica que en estas ciudades se están imponiendo nuevos contratos de arrendamiento que vinculan el cobro y la cantidad a pagar a las ventas. "Esto da oxígeno a los negocios y al mismo tiempo responsabiliza a los propietarios de que los locales estén en buenas condiciones y que las calles tengan un buen mantenimiento, ya que así el inquilino podrá vender más. El modelo actual en el que el casero no asume ningún riesgo no puede aguantar mucho más", dice. Sisternas aboga porque el Ayuntamiento asuma una política de inversión de negocios cerrados en planta baja para convertirlos en aparcamientos de bicis, bibliotecas o lugares de trabajo para los vecinos. En este sentido, apunta que el confinamiento ha puesto de manifiesto las características de los pisos y ha confirmado que disponer de espacio comunal en las plantas bajas puede mejorar la situación de muchas familias. Por último, plantea al gobierno municipal que se dote de un plan presupuestario para buscar nuevas fórmulas como comprar hoteles o pensiones, ahora cerrados y que no se sabe cuándo volverán a abrir, para reconvertirlos en viviendas. A su juicio, ahora es el momento de hacerlo porque el inmobiliario está bajando.